





RETRATO DEL PRÍNCIPE DON BALTSAR CARLOS.
Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

bito: que habiéndose presentado con su genealogía en el consejo de las Ordenes, se le hicieron en seguida las informaciones, de las que hubo de resultar haber necesidad de dispensa: que el rey la impetró del papa Alejandro VII, quien la concedió por breve expedido en 7 de octubre de 1659: que el consejo consultó a S. M. en 28 de noviembre del mismo año para que se dignase despachar cédula de hidalguía a Velázquez, la que se firmó en el mismo día; y que con ella aprobó el consejo inmediatamente las pruebas, y se vistió el hábito en la iglesia de las monjas de la Carbonera.

En 1658 había dirigido las obras que pintaron al fresco en palacio Miguel Colona, Agustín Metellí, Francisco Rizi y don Juan Carreño, y en 1659 pintó los retratos del príncipe de Asturias, Don Felipe Próspero, de ocho años de edad, de la infanta Doña Margarita, para remitir al emperador de Alemania, y de la reina, en un óvalo pequeño, muy parecido y muy concluido.

Salió de Madrid en Marzo de 1660 a disponer los alojamientos para el rey, en el viaje que pocos días después emprendió a Irún, a entregar la infanta Doña María Teresa a Luis XIV, rey de Francia, con quien se había de casar. Fué esta jornada muy molesta y de graves cuidados para Velázquez, pues además de tener que preparar las habitaciones en todo el camino hasta la raya de Francia, aderezó ostentosamente en la isla de los Faisanes la casa en que se tuvo la conferencia entre ambas majestades. Celebróse la entrega el día 7 de junio, y no fué don Diego el que menos lució en aquellas fiestas, con su airosa y gallarda persona, por el delicado gusto que tenía en vestirse y por el arte con que colocaba sus diamantes, y a la vuelta acompañó al rey, habiendo enviado por delante el ayuda de aposentador.

A pocos días de haber llegado Velázquez a Madrid, cayó enfermo, en el día 31 de julio, y después de haber recibido los sacramentos y otorgado poder para testar a su mujer doña Juana Pacheco y a su amigo don Gaspar de Fuensalida, falleció el 7 de agosto del mismo año de 1660. Fué enterrado en la parroquia de S. Juan con gran acompañamiento de títulos, caballeros de las órdenes militares, criados del rey y de artistas; y lo que es muy extraño, siete días después en el 14 del mismo mes murió su viuda, que fué sepultada junto al cadáver de su marido.

EL ARTE DE VELÁZQUEZ

Después que Rafael resucitó el clasicismo, con toda su soberana corrección de líneas; después que Miguel Angel engrandeció la figura humana, creando Titanes más bien que hombres; después que Ticiano acertó a encontrar en su paleta los tonos suaves y transparentes de la carne y Tintoretto supo trasladar a sus lienzos el ambiente y la placida luz de la costa del Adriático; en suma, cuando podía creerse que agotada la vena fecunda de la Pintura, había de cesar su dominio, para que se alzase con el cetro del Arte acaso la Arquitectura, como en la Edad Media, acaso la Escultura, como en el mundo antiguo ó en la Italia del siglo XV; apareció VELÁZQUEZ, genio portentoso, que heredando de aquellos sus antecesores lo mejor, lo más sólido é imperecedero de sus excelencias, el sentimiento justo de la línea y del colorido, y apartándose de las fórmulas del clasicismo ya caduco y convencional, pintó la verdad, entrándose de lleno y con el fogoso entusiasmo del triunfador, por una nueva senda, la del realismo, con lo que abrió la era del Arte moderno. Necio sería,

el Algardi y el caballero Bernini, escultores, a quienes envió el retrato de su esclavo Juan de Pareja, que acababa de pintar por modo de ensayo para el que iba a emprender del Papa. Quedaron asombrados al verle tan parecido al mismo Pareja que le llevaba, y le colocaron en la Rotunda un día de gran festividad, por el que Velázquez quedó recibido académico romano.

Retrató al Papa con valentía de pincel, con exactitud de dibujo y con extremada semejanza. S. B. le regaló una medalla de oro con su busto y una cadena del mismo metal. Retrató después al cardenal nepote, a dos camareros, al mayordomo de S. S. y a otros sujetos de palacio, amigos suyos, cuyas cabezas son todavía celebradas con entusiasmo de los inteligentes, en aquella capital.

Dice don Francisco Preciado, en su *Arcadia pictórica*, que cuando Velázquez estuvo en Roma encargó doce cuadros a Guido Renni, José de Arpinas, Lanfranco, el Dominiquino, Güercino, Pedro de Cortona, Valentino Colombo, Andrea Sachi, Pousin, el caballero Máximo, Horacio Gentileschi y Joaquín Sandrat, a cada uno el suyo, que eran los mejores que había entonces en Italia, y que finalizados los trajo a España, para el rey su amo; pero como los cuatro primeros, y algún otro de los referidos pintores hubiesen fallecido antes de los años de 1650 y 51 en que Velázquez estuvo la segunda vez en Roma, no puede ser cierta la noticia, a menos que los hubiese encargado en el primer viaje de 1630.

Iba andado un año entero que nuestro don Diego había salido de España, sin que pensase en volver, y el rey sentía mucho tan dilatada ausencia. Se lo avisó su gran amigo don Fernando Ruiz de Contreras, y entonces dispuso su venida. Pensó hacerla por tierra por el deseo de ver a París, mas la guerra de Francia le obligó a embarcarse en Génova, y llegó a Barcelona en junio de 1651. Vio inmediatamente a Madrid, y el rey le recibió con gran placer. Se dispuso vaciar las estatuas y bustos, que lo hizo Jerónimo Ferrer, para lo cual le traía Velázquez de Roma, y el escultor Domingo de Rioja. Desvanecido el proyecto de academia pública, se adornaron con los vaciados la sala ochavada y otras de palacio.

El premio de este viaje fué la plaza de aposentador mayor, que sin embargo de sus ocupaciones, no le estorbó para pintar en 1656, aquel célebre cuadro llamado de la Familia y conocido más bien con el título, que le puso Jordán, de la *Teología de la pintura*. Representa al mismo Velázquez en pie, retratando a la infanta Doña Margarita, de corta edad, a quien suministra un búcaro de agua doña María Agustina, menina de la reina é hija de don Diego Sarmiento: está al otro lado doña Isabel de Velasco, hija del conde de Fuensalida, en acción de hablar a S. A. Aparece en primer término Nicolasio Pertusano y Mari Barbola, enanos, con un perro grande: algo más lejos se ve a doña Marcela de Ulloa, señora de honor, y un guardadamas, y en último término hay una puerta abierta que sale a una escalera, en la que está José Nieto, aposentador de la reina. Todo está pintado por el natural, hasta la sala que representa la escena, con los cuadros que contenía. La composición, el contraste de las figuras, la degradación de las tintas y luces y el modo mágico con que está pintado, elevan este cuadro a ser uno de los mejores de este profesor.

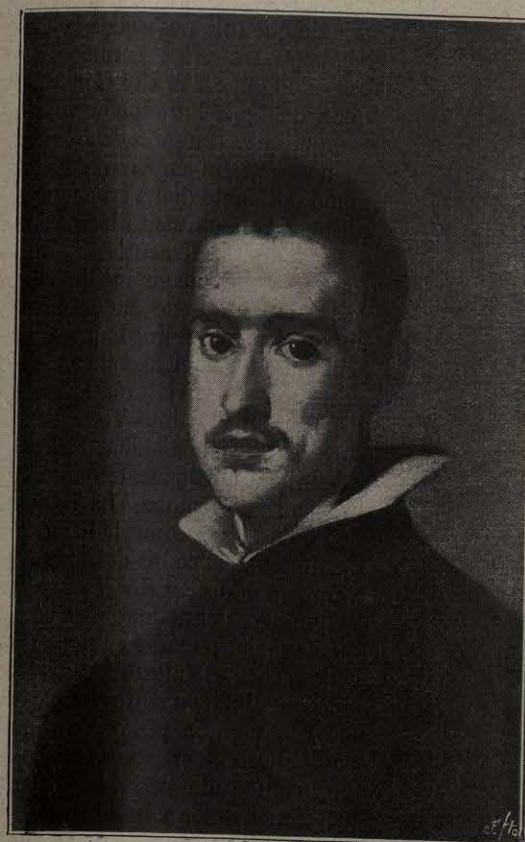
No podemos afirmar con certeza lo que se cuenta de haber sucedido en palacio luego que Velázquez concluyó este cuadro. Aseguran que habiéndole visto el rey finalizado dijo, que le faltaba una cosa esencial, y que tomando S. M. la tablilla y pinceles pintó sobre el pecho del retrato de don Diego la cruz de Santiago; pero sí podemos justificar que el mismo Felipe IV, por real cédula, fecha en el Buen Retiro a 12 de junio de 1658 le hizo merced del propio hábito: que el rey le concedió por breve expedido en 7 de octubre de 1659: que el consejo consultó a S. M. en 28 de noviembre del mismo año para que se dignase despachar cédula de hidalguía a Velázquez, la que se firmó en el mismo día; y que con ella aprobó el consejo inmediatamente las pruebas, y se vistió el hábito en la iglesia de las monjas de la Carbonera.



FRAGMENTO DEL RETRATO ECUESTRE DEL REY
DON FELIPE III.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.



RETRATO.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

Con efecto, pinta *Los Borrachos* y trueca la gravedad tradicional por franco regocijo, y coloca sus peregrinos modelos en un campo, lleno de luz, que le permite dar a cada desnudo un tono, a cada cabeza un matiz. ¡Con qué amor de la vida está pintado ese lienzo! Grandemente debieron excitar la curiosidad del artista, los cuadros que Rubens, el exuberante Rubens, pintó a lo que parece en su mismo estudio. El pintor flamenco, más distante aún que Velázquez del misticismo español, no buscaba su ideal en el cielo ni en la tierra; buscábase en el inmenso espacio de la fantasía, que le dió mágicos poderes para embellecer los aspectos más sensuales de la Naturaleza. A los ojos de nuestra sociedad timorata, debieron parecer atrevimientos harto libres, los cuadros de Rubens. Velázquez, en cambio, debió sentir purísimos goces, ante tales alardes de color y de luz.

Por sugerencias del mismo Rubens, pasa a Italia Velázquez, y al encontrarse allí con un arte que busca su ideal en las perfecciones clásicas, con las que embellece sobre todo el desnudo humano, pinta él también desnudos hermosos, en el *Cristo atado a la columna* (de la Galería de Londres) y en *La fragua de Vulcano* (del Museo de Madrid). Con ser muy hermosas ambas composiciones, no representan sin embargo, el mayor beneficio que las obras de arte atesoradas por Italia reportaron a Velázquez, cuyo espíritu abierto como pocos a la emoción estética, lo observaba todo con vivo interés. Dicho beneficio, consistió en facilitar y acelerar el completo desarrollo de las naturales aptitudes del artista, el cual, desde que aprovechando su estancia en Roma, pinta los paisajes de la *Villa Medici*, da muestra de una soltura de ejecución, y a su regreso de una sencillez tan sintética en los retratos, que sólo a un artista de primer orden, le es dable poseer. Unese a esto, que las pinturas de los venecianos avivaron extraordinariamente su sentimiento del color. Y casi nos atreveríamos a afirmar, que esta renovación del artista se mantuvo latente, hasta que vinieron a provocarla en España las obras del Greco, cuya pintura procede directamente de los venecianos. Diez años después de su regreso de Italia, pinta el famoso lienzo de *Las lanzas*, que es donde esa influencia aparece más patente. ¿Cómo negarlo al examinar aquellos tintes azulados, finos y transparentes del paisaje, aquellas carnes delicadas y blanquecinas? Y sin embargo, es uno de los cuadros mejores y más admirables de Velázquez, que se muestra en el consumado maestro, seguro de sí mismo, completísimo, inimitable.

Antes y después de la ejecución de este cuadro, ¿qué es lo que pinta Velázquez? Retratos; retratos en los que, no siempre destaca la figura sobre el obscuro fondo; en alegres pai-

pretender que en la esfera del Arte, esos grandes lumineros que se llaman Miguel Angel, Rafael, Ticiano, Durero, Velázquez, han aparecido y comenzado a difundir su luz esplendorosa, de una manera inopinada y fortuita; más necio aun pensar que el lógico encadenamiento de las ideas estéticas en la Historia, por el cual no comprendemos a Rafael sin Fra Bartolomeo y sin Perugino, no comprendemos a Miguel Angel sin Lucas Signorelli, no comprendemos a Velázquez sin Zurbarán y sin el Greco, quita en algún modo mérito excepcional y gloria imperecedera a estos grandes maestros, ante quienes esos otros que por ley humana les sirvieron de antecedente y de germen, son estrellas de segundo orden. Así es la Historia; así es la vida siempre.

Por esta razón, en todas las personalidades del arte, hasta en las más altas, hay dos aspectos que considerar, lo asimilado de los antecesores y la producción propia. En ésta, es donde debe buscarse la originalidad, el carácter distintivo, ó sea la bandera de triunfo; la bandera de todo un sistema, de un nuevo credo estético, de un arte. Cada uno de esos grandes genios, que de cuando en cuando han aparecido en la Historia, tuvo el suyo. Veamos cual es el Arte de Velázquez.

Sus antecesores pintaron cuadros religiosos, en los que el ascetismo seco y taciturno de la España, todavía apegada al espíritu medio-eval, nos ofrece los Cristos demacrados, proto-tipos de la maceración y la penitencia, los Cristos de Morales; pintaron retratos, tan secos y graves como las imágenes sagradas; unas y otras figuras destacan sobre fondo negro, y nos dejan en el ánimo una impresión honda, de indefinible tristeza. Imbuído de ellos, pintó Velázquez sus primeros cuadros, también con fondo negro ó oscuro, también con figuras un tanto secas, pero que os atraen desde luego, inspirándoos irresistible simpatía; sus asuntos están tomados de la realidad, de la vida corriente, como los pasajes de Cervantes; son la *Vieja friyendo huevos* y *El Aguador de Sevilla* (de la galería de Londres), dijérase que lo primero que vio el joven artista, ávido de pintar a su gusto; son cuadros de género, cuyo atractivo no está precisamente en los asuntos, triviales por cierto, sino porque de ellos tomó pretexto para reproducir la verdad, con toda la fuerza y la expresión intensa con que el artista la veía, la sentía y la sabía representar.

Pinta por exigencias de su tiempo asuntos religiosos, y coloca como detalle que se ve por una ventana, la escena de Cristo con Marta, dejando como principal figura la de María, a la que representa ocupada en los menesteres de la cocina. Pinta el nacimiento, la conocida *Adoración de los Reyes Magos* del Museo del Prado, y trátalo también como asunto de género, sin buscar idealismos en los cuales desmayan las alas de su genio, que se sentía irresistiblemente atraído por la realidad, gozaba con el espectáculo de la vida, érale grato el mundo, y querría representarle sin otro fin, que el sano y generoso de cultivar el Arte por el Arte. En el último cuadro citado, en el fondo, se ve un trozo de paisaje, una rompiente de luz, tímidamente colocada en tan reducido espacio, anunciando una saludable afición del autor a la plena luz, al aire libre, donde el sol espléndido de este país meridional, derrama sus galas alegrando a la tierra y a los hombres.



LAS MENINAS.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.